

# La herencia cultural de antaño

Por LUIS G. PLA

Venimos a referirnos —sin género de lamentación— a un pasado glorioso que culminó en resultados de positiva cultura del país gracias a la tenacidad del esfuerzo gerundense que intentaremos explicar en esta glosa.

Medio siglo —poca cosa en el tiempo— ha decorrido desde aquellos días en que el nombre de Gerona alcanzó un hemarcale crédito en el ámbito de la cultura del espíritu. Desde entonces, el tiempo ha seguido un curso disparejo con el sentir y el obrar de aquellos hombres que constituyeron la «Asociación literaria gerundense», cuyo remanente específico en obras constituye un hito brillante y muy digno de ser investigado. Y al dejar estampada la afirmación anterior no es preciso que aclaremos el sentido que le damos, porque si cultura la sigue habiendo, sus logros y conquistas, del presente son, localmente, más apagados en el aspecto de humanidades bien que más explícitos y evidentes desde el punto de mira pragmatista, o de utilidad inmediata de las cosas, que es lo que ahora predomina. De ello resulta que hoy en día hay mayor número de personas impuestas de las finalidades inmediatas del vivir, pero no personas más cultas en el sentido global del saber, que le da elevación.

Este fenómeno es un signo del tiempo que pasa. La propia mentalidad europea (que aclaró el saber del mundo y lo favoreció con la nitidez clásica de sus ideas y conceptos), ha evolucionado también marcadamente. Y desde que los tiempos *son otros*, el saber también lo es. Existe menos apego a los ideales abstractos (antes intangibles) y una mayor tendencia a la movilidad de ánimo, o sea, a las rectificaciones que vengan impuestas por la utilidad, o la conveniencia del momento. Si ello es mejor, tampoco seré yo quien lo asegure. Lo que sí puede asegurarse es que las afecciones culturales de medio siglo atrás eran más generosas de suyo y comportaban *una posición* de espíritu, serena y perseverante. Posteriormente, ha privado *la técnica* (sarampión empobrecedor de la época presente) que ha secado muchas fuentes íntimas y desvirtuado el sentido universal de la cultura para encerrarlo en el compartimento estanco y unilateral de las explosiones de motor, las cosas *standard*, los libros secos y áridos con que hoy se martiriza a las mentes lectoras... y otras cosas más, que están perfectamente a la vista, deplorables.

Se puede afirmar que a medida que el tiempo pasa cada hombre del presente es más igual a su vecino, con pura merma de la personalidad que califica y determina.

Sobre que la vida de hoy es menos sosegada que la de ayer, está el hecho innegable que el espíritu de otras décadas era más vasto en gustos, deseos, anhelos y vocaciones altruistas, que ahora. Existían menos objetivos de logro utilitario y una mayor abnegación en el trabajo. No son éstas afirmaciones gratuitas de un *carcunda* empedernido, sino deducciones del medio, elaboradas por quien tiene vocación y gusto de observador imparcial.

Lo antedicho, hizo posible una convergencia de talentos, vocaciones personales y voluntades con deliberada tenacidad que, día tras día, trabajaron de conjunto en la bella y estimabilísima obra de incrementar la cultura del pueblo y estimular las afecciones más elevadas y puras. Esta fue la obra de nuestra antigua «Asociación literaria». De este conjunto de hombres le advino a Gerona un renombre que se corrió más allá de lo estrictamente local y provincial. Hoy, carecemos de eso.

¿Quiénes fueron estos hombres? Ciudadanos sin más brillo que el de su propio talento y sus virtudes de alma; señores de su casa; funcionarios, algunos: el señor Botet y Sisó, que sacó polvo de los viejos papeles históricos para darles el brillo del orden y la sistematización; don Francisco Montsalvatge y Fossas, que hizo revivir las viejas baronías del mapa provincial y, sobre todo, la historia olotense; el inspirado vate D. Joaquín Riera y Bertrán; D. Fernando Agulló, periodista de largos alcances que llegó a ser el *alma literaria* de la vieja y gloriosa «*Veü de Catalunya*», de Barcelona; D. Narciso Roure, espíritu embebido en las luces del genio del filósofo Jaime Bal-

mes; el doctor Font, vicario del Obispado y hombre del «seny» tradicional del país, escritor humanísimo; D. Pedro Alsius, de Bañolas, que actualizó el concepto de la paleontología comarcal en días en que ésto sonaba a pura palabreja extraña y de difícil dicción; el espectacular *gran señor* D. Aniceto Pagés de Puig, figurease y «tramuntanal», alma romántica emparejada en voz y vuelos con la del propio Espronceda; el historiador de los Sitios de Gerona, D. Emilio Grahit Papell; el librero y poeta de «la Renaixença», D. José Franquet y Serra; D. Claudio Girbal; el maestro de varias generaciones, escritor didáctico y también literario D. José Dalmau y Carles; D. Pedro de Palol, de musa popular espontánea y fresca como el agua de un regato; el primer escritor (en brillo e inspiración) en la lengua vernácula, D. Joaquín Ruirra i Oms, etc., etc.

En su manera de ser y de producirse estos hombres conservaron la perenne juventud de sus sueños y ambiciones culturales y el conjunto de sus obras es uno de los argumentos que mayor crédito le prestan a nuestra ciudadanía. Trataron el saber universal de la época con el *amore* de verdaderos devotos del mismo, además de estar impuestos de un sentido responsable y ulterior de su trabajo. En su tiempo se publicaron en Gerona más libros que en cualquier otra ciudad española, salvada la distancia lógica de Barcelona, Madrid, Valencia y algunas pocas más.

¿Eran lo que se llama *unos sabios*? Sí, ciertamente. No vestían oropeles, como los que la modernidad corta para muchos. No se hacían llamar de *doctores* para que no fueran a confundirlos con el médico. (Eso de *doctor* a la moderna y en número tan crecido es tan *sudamericano* que a aquellos señores les importaba muy poco.) Esta brillante generación de hombres dejó su lógica sucesión de discípulos en la generación inmediata posterior y la obra conjunta de estos discípulos no sólo no desmerece en nada de la de sus maestros sino que adquirió brillos nuevos y muy personales y sigue siendo la traducción del mundo interior de estas almas en beneficio de la sensibilidad de sus lectores.

Y esto es lo que se llama *hacer algo, dejar obra positiva*. A poco está esta generación de quedar extinguida por su vez, que la vida no perdona a nadie.

En mi haber está casi la obra total de estos discípulos, que he tenido la constancia de irme procurando.

¿Quiénes fueron ellos? Ahí van sus nombres (salvo omisión que me puede nacer de la premura con que escribo): Juan Bta. Torroella, Santiago Almeda, *Paco* Montsalvatge, Prudencio Bertrana, Joaquín Pla, Miguel de Palol, Santiago y Rafael Masó y Valentí, Mosén Francisco Viver, Mosén Vicente Piera, Carlos Rahola Llorens, Laureano Dalmau, *Paco* Prats, y con posterioridad, Jaime Vicens y Vives, Juan Badía, Narciso Masó... y pongo punto terminal porque el lector se desocupe de esta mi prosa pesada.

Otro día retomaremos el hilo de la historia, si Dios quiere.

---

## El Primer Centenario de la «Historia de Olot» de Esteban Paluzié Cantalozella

Con notoria oportunidad se viene subrayando en Olot y prensa foránea, la feliz coyuntura de celebrarse hogaño el Primer Centenario de la publicación del famoso libro del gran polígrafo olotino don Esteban Paluzié Cantalozella, popularmente conocido por «Historia de Olot», cuyo libro vió la luz pública cuando Olot no contaba con ninguno de esta índole.

Se destaca la necesidad de dar a esta conmemoración el adecuado relieve, ya que es sustancialmente olotina como ninguna otra y ya que se prodigan tanto los centenarios y conmemoraciones similares, es bien justo que si Olot ha conmemorado sucesos de menos importancia histórica y aún acontecimientos más o menos relacionados con nosotros pero que evidentemente no son tan nuestros ni de nuestro mismo palpitar y vivir como el que nos referimos, constatando conceptos emitidos recientemente en la prensa por el Rdo. don Ramón Bonet, Pbro., se brinda ahora la oportunidad de dar el relieve, el marco y el contenido ineludibles, a una conmemoración centenaria como la que propugnamos de sabor olotino como ninguna otra. El famoso libro de Paluzié, que evocamos, contiene la biografía de 123 olotenses ilustres que brillaron honrando a su pueblo en España, el extranjero y Ultramar; de éstos 123 hijos de Olot, 80 son religiosos: obispos, abades, generales de Ordenes, fundadores, dignidades, doctores, misioneros, escritores, etc. Los restantes se reparten entre militares, políticos, diputados, juristas, poetas, médicos, abogados, autores, etc.

L. A.